

Reseñas

Ángela Moyano Pahisa, *La resistencia de las Californias a la invasión norteamericana (1846-1848)*, CNCA, México, 1991.

Para entrar de lleno en la reseña de la obra más reciente de la doctora Moyano, es necesario recalcar que la visión de la historia de México, los diversos ensayos por explicar el transitar del mexicano en el tiempo a partir del siglo XIX, precisamente la historia oficial, tiende a manejar siempre los grandes acontecimientos nacionales desde un punto de vista centralista. Esto es, el aspecto que se ofrece a los lectores, en la mayor parte de los casos hace referencia a los hechos históricos que tuvieron que ver con la capital del México recién independizado: residencia del poder político y administrativo,

centro de las decisiones públicas, morada de caudillos y conspiradores que pretendían resolver la situación del resto del país. Lugar donde parecería que, a fin de cuentas, se tramitó el destino nacional y desde donde se perfiló la pérdida de parte del territorio mexicano. En otros casos, esta misma historia oficial se ve en la necesidad de aludir a aquellas entidades que, de alguna manera, se vieron involucradas en los sucesos más relevantes en su camino hacia la capital. De esto tenemos grandes ejemplos en la primera mitad del siglo XIX: la guerra de Independencia y su relación con el Bajío; el desembarco de Iturbide y su fusilamiento hacen mención de Tamaulipas; la guerra de los pasteles otorga una H. (con mayúscula) al estado de Veracruz; y no podría faltar la independencia de Texas, que

le da el permiso para entrar en la historia oficial. Mas esta postura historiográfica ofrece un panorama parcial, y es a fin de cuentas la visión central en la que siempre el papel de la ciudad de México vendrá a ser el definitorio.

Sin embargo, esta actitud asumida por los historiadores, en general, suprime la otra historia, aquella que igualmente tuvo su transcurso en el tiempo, pero en otro lugar que si bien se relaciona con el poder central responde desde su muy particular manera de ver los acontecimientos, digamos nacionales. De esta manera, no podemos perder de vista, por ejemplo, que la incorporación de las distintas entidades del territorio nacional a la idea de independencia fue asumida de muy diversa forma, y la respuesta al nuevo país se fue dando paulatinamente hasta poder conformar el llamado Estado mexicano. Sin esas específicas maneras de asumir la nueva nación, no entenderíamos el porqué de determinadas situaciones que llevaron a México a ser como actualmente es. Si la historia fuera uniforme en todas y cada una de las entidades de México, no comprenderíamos el porqué de la pérdida de parte del territorio, o el porqué de las pugnas entre el centralismo y el federalismo, por citar dos casos contundentes.

No obstante, esta postura que impedía hasta hace unos pocos años como rectora de la historiografía en México, ha venido dando un giro, y la llamada historia regional comienza a ganar espacios importantes. Una clara tendencia al cambio, hacia el enfoque local, ha conquistado adeptos; en ella debemos situar a Luis González, a Carlos

Martínez Assad, a Romana Falcón, a Mario Ramírez Rancaño, a centros como el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y a muchos otros que han surgido en las entidades del país, por citar sólo algunos nombres y establecimientos que se relacionan en esta línea de interpretación histórica. En todos ellos encontramos el deseo por rescatar la otra historia, la particular, la que tiene una respuesta "personal", la que se da en otro sitio, fuera de la capital, la propia, por así decirlo, y que afirma las circunstancias y expresiones específicas de cada entidad.

Exactamente en esta línea historiográfica podemos inscribir la obra que ahora presentamos, *La resistencia de las Californias a la invasión norteamericana*, publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, e inscrita precisamente en la Colección Regiones. El interés que muestra la doctora Moyano por reconstruir minuciosamente la crónica de esas entidades que tuvieron un pasado histórico distinto, comenzado en otro momento diferente del de la historia general de México, se ve reflejado a lo largo de este texto que se constituye en un aporte para la historia regional, o mejor dicho, para la historia de Baja California.

La estancia de la doctora Moyano en Baja California, en algún momento de su vida, sirvió entre otras cosas para conocer esa otra historia, para darse cuenta de que no se inscribía dentro de los patrones establecidos por la historia oficial. Ese desconocimiento que existía del transcurrir histórico de la Alta y la Baja Californias despertó en Ángela Moyano el deseo por despejar

el oscuro panorama que se ofrecía del transitar californiano. Allí comenzó la peregrinación a las bibliotecas y a los archivos locales, fue entonces cuando comprobó los escasos estudios que al respecto existían. Ello le movió a continuar la búsqueda en otros repositorios. El Archivo General de la Nación le ofreció otra vía alterna. En ese sitio localizó material en cajas que no tenían clasificación, sin embargo no se desanimó, sino que continuó el rescate de esa documentación, desconocida en la mayor parte de los casos y en la que encontró una serie de respuestas a las preguntas que ella misma se planteaba. Los afanes y los días pasaban, el interés por el tema se acrecentaba, los archivos locales ofrecían otras fuentes y las compilaciones anteriores eran dignas de ser reconocidas y reinterpretadas; tal es el caso de la recopilación hecha por Hubert Howe Bancroft. Todo este rico material fue adquiriendo forma en la pluma de la doctora Moyano, y en los diversos borradores configuró una nueva versión: se enriquecía la visión de los otros autores interesados en el tema; se incorporaban nuevos documentos que avalaban esta "otra" interpretación; ante las similitudes compartidas, las respuestas diferían; las diferencias entre las dos Californias se acentuaban día con día, los procedimientos de ambas se justificaban. Esta historia comparativa arrojaba sus primeros frutos. Después de arduos trabajos y de concienzudas revisiones, el texto tuvo su punto final y encontró el editor idóneo, interesado en la historia regional y, lo que es mejor, en la difusión de este tipo de trabajos novedosos.

La historia de las Californias encuentra una respuesta en este trabajo. Si bien el título nos llevaría a pensar que únicamente se abordan los años aquí mencionados en relación con la invasión norteamericana, la autora consideró de cabal importancia señalar los antecedentes de estas dos Californias; antecedentes que descubren su caminar en el tiempo, que definen su relación con el centro, que reivindicaron su sentimiento de mexicanidad, sentimiento que no floreció de igual forma en ambas regiones. La Baja California, y unas cuantas ciudades alteñas localizadas en el sur de la región, participaron del sentir nacional; no acentuó lo mismo con la Alta, que encierra un carácter disímulo, de raíces pretéritas: que coincide con lo hispano, que acepta lo extranjero, que mantiene lazos con el mar, y que, a fin de cuentas, parece más una isla que una parte de la superficie mexicana. Con estos argumentos se va perfilando el desenlace final, se va comprendiendo su distanciamiento, su postrera separación. Pero sería forzar la interpretación si en todo este relato no entrara un tercero en discordia: la actitud asumida por Estados Unidos. Las noticias referentes a la ambición territorial norteamericana comienzan desde una época muy temprana, y nos remiten constantemente al interés estadounidense en esas tierras con vista al Pacífico. La actitud asumida por los diversos gobiernos norteamericanos se aborda como una cuestión relevante, pues jugó un papel decisivo en el destino que llevó a la pérdida definitiva del territorio de la Alta California.

Esta distinción de regiones, este an-

helo territorial desmedido, vendría a ser un lugar común si no se abordara el aspecto propiamente tema del escrito: la resistencia a la invasión norteamericana. Las posiciones adoptadas por ambas Californias no son más que la respuesta lógica a sus antecedentes históricos, al sentimiento de mexicanidad desarrollado con una mayor fuerza en la California baja; ello, ligado íntimamente a sus orígenes, unido a la hermandad mantenida con puntos del otro lado de la costa del mar de Cortés. A lo largo del texto se va perfilando esta actitud y se convierte en la más sobresaliente conclusión: la diferencia entre unos y otros marcó de manera concluyente su proceder en un suceso que repercutió en el curso de la historia mexicana. La guerra con Estados Unidos tiene otras batallas libradas en otros puntos del país, los defensores de la integridad nacional encuentran en Baja California el escenario natural para lidiar combates. Conocer los documentos, descubrir a los protagonistas, reconocer los sentimientos, constituyen los aportes primordiales de esta obra.

En este texto se nos ofrece precisamente la historia de dos pueblos, la actuación de dos tipos de hombres, la respuesta a dos sentimientos. En fin, aquí encuentra cabida la historia nacional y la historia regional; una historia regional que, a fin de cuentas, se desdobra y descubre dos realidades distintas.

Laura Suárez de la Torre
INSTITUTO MORA

Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública*. Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, México, 1992, 308 pp.

El libro de Fernando Escalante Gonzalbo es un estudio notable sobre la materialidad de los valores políticos en el México decimonónico. A partir de una reconsideración teórica del problema de la moralidad en el pensamiento clásico y moderno (Pascal, Weber, Durkheim, Bergson, Wittgenstein, entre otros), el autor ha podido tender un puente sobre una herida enorme: las paradojas y antinomias entre el ser y el deber ser que han caracterizado el discurso crítico y autocrítico de los políticos mexicanos del periodo independiente, y que han empañado, asimismo, la historiografía de tema mexicano.

Escalante Gonzalbo se propone estudiar "los valores que se manifiestan en las conductas, a partir del supuesto de que esos valores ayudan a explicar las conductas" (p. 22). Considera que, "en la vida cotidiana, los hombres actúan como si siguieran reglas", pues "saben cómo hacer las cosas, y ese saber incluye una experiencia práctica, una capacidad reflexiva y una orientación normativa" (p. 30). En fin, asume que "no hay ninguna distancia entre los hechos y los valores. La acción manifiesta usos, formas de vida que son, inmediatamente, pautas morales" (p. 31).

En esta perspectiva, el autor puede organizar el material historiográfico para intentar una explicación de la po-